

# La Tercera Vía y la Socialdemocracia Europea

Michael Ehrke  
(Traducción: Karla Stein)

*“In truth, the parties of the Whig and Tory are those of nature. They exist in all countries, whether called by those names, or by those of Aristocrats and Democrats. Cote Droite and Cote Gauche, Ultras and Radicals, Serviles and Liberals”.* Enviado por Thomas Jefferson al Marquis de Lafayette, 1823

En los últimos meses se ha calmado la discusión sobre la “Tercera Vía” – es decir en relación a un programa político más allá del neoliberalismo y de la “socialdemocracia tradicional”. Las conferencias de Nueva York (1998) y Washington (1999), en las que los jefes de estado de la centro-izquierda platicaron sobre la Tercera Vía, aún estuvieron en el centro de atención periodística; en cambio, la conferencia que les siguió, en Florencia, pasó prácticamente inadvertida, a pesar del alto rango de sus participantes. Esto podría estar relacionado con la coyuntura política de los países en donde se estaba llevando a cabo el debate en torno a la Tercera Vía. Sin embargo, otra razón evidente para el retroceso en la discusión, es que después de la fanfarria inicial, los protagonistas de la Tercera Vía no han tenido muchas novedades que aportar. La falta de aportes concretos subyacente a este concepto, probablemente, no se debe a que nos encontremos en el inicio de una amplia discusión programática. Más bien parece ser una enfermedad congénita de la Tercera Vía.

La Tercera Vía tuvo una historia tardía y particularmente breve en Alemania. El slogan de campaña “el nuevo centro”, con que el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) ganó las elecciones parlamentarias en 1998, fue interpretado especialmente por Gran Bretaña y Estados Unidos como la versión alemana de la Tercera Vía; en cambio en Alemania, el nuevo centro fue percibido como lo que era: un slogan de campaña electoral.

Una breve pero intensa discusión se produjo recién cuando Gerhard Schröder y Tony Blair presentaron su “Propuesta para la socialdemocracia europea”. La discusión terminó con el documento en el archivo y su “Ghostwriter” desterrado en los balcanes. Quizás el error con mayor consecuencia del paper fue que al intentar apartarse de la “socialdemocracia tradicional”, ésta fue rebajada al nivel de una caricatura que ni siquiera los conservadores habrían dibujado tan distorsionada. Considerando que Blair no pudo realizar una comparación entre Old y New Labour sin elaborar una imagen distorsionada de Old Labour, se puede decir que una caracterización similar del SPD era aún menos convincente, ya que el SPD no sólo cuenta con la historia de “Godesberg”(1), sino también con la de décadas de modernización programática.

El distanciamiento precipitado de los modernizadores de la tradición socialdemócrata provocó en la sociedad la impresión de que se trataba del distanciamiento de la socialdemocracia del principio de equidad social, y por lo tanto de sí misma. La impresión es que el SPD se convirtió en el frío partido reformista neoliberal que la CDU (Partido Demócrata Cristiano Alemán) nunca fue – para gran pesar de Olaf Henkel(2). Resultado: tremendas derrotas electorales en los Länder(3) y las Comunas.

Un paper escrito por Wolfgang Thierse(4) corrigió la imagen del SPD producida por el paper de Schröder y Blair y el Gobierno restringió sus políticas a un mero programa de ahorro, que debía y, efectivamente, pudo subsistir sin la ayuda de los adornos de una interpretación coherente de la sociedad.

De todas formas sería apresurado comenzar a redactar hoy la necrología de la Tercera Vía. Las expectativas generadas por la discusión no se han diluido por el sólo hecho de que los protagonistas de la Tercera Vía no supieron cumplirlas. De lo que se trata es que la izquierda dé una *respuesta no-defensiva a la transición desde la sociedad industrializada clásica hacia una sociedad post-industrial (o como quiera que se le califique)*. Esta transición pone en tela de juicio los consensos sociales, instituciones y tradiciones establecidas después de la Segunda Guerra Mundial no sólo en Alemania, sino en casi todos los países industrializados desarrollados – desde las relaciones laborales normales, pasando por las jornadas laborales normadas por negociación colectiva, el direccionamiento global macroeconómico, la previsión social, la biografía normal de empleo, el rol del Estado y de los sindicatos, hasta estratos sociales tradicionales, conservación de valores y estilos de vida.

El neoliberalismo encontró la respuesta hace tiempo: lo que hoy está en proceso de disolverse lenta o masivamente son las barreras de mercado, rigideces que la sociedad industrial heredó de sociedades anteriores o bien generó por su propia cuenta (por ejemplo el Estado social). Es necesario alabar este proceso y acelerarlo políticamente (a través de la desregulación). La izquierda (socialdemócrata y sindical) en cambio reaccionó en contra del debilitamiento de la sociedad industrial tradicional, intentando preservarla o lamentando su pérdida como se llora una época dorada que ya pasó.

Como la Tercera Vía pretendía indicar la solución al dilema entre el entusiasmo de los neoliberales y el duelo socialdemócrata, apuntó no sólo a la necesidad de un bosquejo (como siempre vago) de aquella sociedad hacia la cual nos dirigimos, sino que apuntó también hacia una definición de aquellas metas políticas a las cuales debemos y podemos aspirar, bajo condiciones modificadas.

## **1. El fin de la Era Dorada**

Las sociedades post-guerra de la Europa occidental están tan marcadas por la socialdemocracia, que para Ralf Dahrendorf<sup>(5)</sup> fue posible hablar de un “siglo socialdemócrata” (mejor sería decir medio siglo). La hegemonía de la socialdemocracia no se evidenciaba en primera línea por el hecho de que los partidos socialdemócratas europeos estuvieran más veces y por un tiempo más largo gobernando, sino por el hecho de que también los adversarios políticos, tanto en el gobierno como en la oposición, seguían una agenda política de corte socialdemócrata. Incluso el neoliberalismo de los años 80 está marcado por una carga hereditaria socialdemócrata no menor, de la cual siempre quiso deshacerse.

Un elemento central de las sociedades socialdemócratas de la post-guerra, era un capitalismo próspero, basado en el consenso de los trabajadores. Esto incluía entre otros: una política económica comprometida con el crecimiento y el empleo pleno, y basada en el manejo global de la macroeconomía; un completo sistema de previsión social, que protegía a los trabajadores del mercado, en momentos vitales claves; la participación dinámica de los trabajadores en los crecientes niveles de ingreso, así como en las cada vez más amplias posibilidades de consumo y educación; la redistribución (moderada) de los ingresos a través de un sistema impositivo progresivo; la institucionalización de los derechos de cogestión de los trabajadores y una fuerte participación de los sindicatos tanto en las empresas como en la política. En el marco del modelo capitalista acuñado en el valle del Rhin, no sólo se logró establecer un cierto equilibrio entre dinámica económica y equidad social, sino que parecía que ambas eran las dos caras de la misma medalla.

No está totalmente claro, cuándo y por qué se terminó la era dorada del capitalismo y la socialdemocracia. Las dos crisis del petróleo dejaron de manifiesto el fracaso del manejo global de la macroeconomía, cuando la estanflación indicó el fin de la prosperidad sólo aparentemente ilimitada. Según André Gorz, la insubordinación de los trabajadores industriales que se gestó entre fines de los años 60 y mediados de los años 70 en varios países europeos (tanto luchas reguladas cada vez más intensas por aumentos salariales, como fuertes huelgas, tomas de fábricas y otras formas de resistencia no regulada), gatilló un vuelco político, que culminó en la entrada triunfal del neoliberalismo.

De acuerdo a esta interpretación, el fin de la era socialdemócrata sería el resultado de estrategias políticas conscientes, tales como la desregulación de los mercados financieros y la privatización de funciones y empresas públicas. Otros factores de influencia fueron desarrollos tecnológicos (el surgimiento de la microelectrónica que posibilitó una transformación profunda en los procesos productivos industriales), la industrialización de algunos países en vías de desarrollo (ya en los años 70 se hablaba de una “nueva repartición internacional del trabajo”, antecesora de la “globalización”). Factores adicionales fueron el aumento de la importancia de empresas multinacionales, así como la impresionante dinámica del sector financiero, en comparación con la economía real.

Pero independientemente del aspecto que se destaque, el cambio que se inició a comienzos de los años 80 no fue visto sólo como el fin de la fase de la prosperidad post-guerra, fase breve desde el punto de vista histórico, al durar aproximadamente 3 décadas, sino que fue percibido cada vez más como el fin de los dos siglos de “sociedad industrial tradicional” o “era moderna tradicional”. En el mismo momento en que la socialdemocracia logró, después de 100 años, domar -al menos aparentemente- al capitalismo, éste realizó un acto de transformismo, que nos sacó de la sociedad industrial e hizo aparecer como obsoletas las convicciones y políticas socialdemócratas establecidas. Junto con la sociedad industrial tradicional, parecieron también destinados a la muerte sus descendientes sociales y políticos: el movimiento obrero y la socialdemocracia.

## **2. Características de una sociedad post-industrial**

La política de la Tercera Vía responde a las transformaciones en la sociedad con cambios en los programas políticos. Estos cambios son difíciles de definir, en la medida que aún nos encontramos en una fase difusa de transición, en la cual lo “nuevo” aparece sólo como una imagen de contornos indefinidos.

Sin embargo, existe una serie de *supuestos* en torno a esta transición que pueden apoyarse en parte en interpretaciones situacionales sin una base científica sólida, y que han tenido cierta acogida por parte de los medios de comunicación. Tomando como punto de partida esta restricción, la mezcla entre percepciones de tendencias y descripciones situacionales se expresan en esa imagen aún borrosa de una “sociedad de prestación de servicios orientada al conocimiento (según el documento de Schröder-Blair), de una “sociedad orientada a la información” de la “era de la modernidad reflexiva” (Anthony Giddens y Ulrich Beck) o de la “era de la modernidad liviana” del software, como opuesta a la “era de la modernidad pesada” (Zygmunt Bauman) de los muros de las fábricas. Según el discurso de la Tercera Vía, la sociedad post-industrial tiene las siguientes características:

### *Globalización*

La globalización es el emblema de la época actual. Este término tiene implícito el supuesto, que el comercio internacional de bienes y servicios así como los movimientos de capital (reales o financieros) más allá de las fronteras de los países, han adquirido una nueva calidad. Esto se debe a dos circunstancias: por un lado, con el colapso del comunismo soviético se desmoronó el último gran refugio de un sistema económico no capitalista y sin embargo con una cierta pretensión de modernidad. Es decir, el capitalismo es por primera vez realmente global. Por otro lado, la globalización es vista como un proceso, que en los países desarrollados pone a disposición los consensos centrales característicos de la sociedad industrializada. Existe la convicción, que un mercado

globalizado de dinero y capitales le pone límites estrechos a la política económica nacional.

Especialmente el direccionamiento global keynesiano – según argumentación de Anthony Giddens – tenía como base un cierto hermetismo de las economías nacionales; a la luz de mercados globalizados, esta teoría pierde eficacia. En la era de la globalización, las naciones - que han quedado reducidas al nivel de espacios geográficos para la localización de empresas – y sus gobiernos están limitados a aceptar las decisiones de los mercados o, en el mejor de los casos, a anticipárseles. El mercado globalizado también somete a los acuerdos sociales básicos de las naciones a la prueba de la capacidad competitiva internacional. En caso de no pasar esta prueba, éstas deben someterse a una revisión. Así, los Estados ya no tienen la soberanía para llevar a la práctica algunos conceptos de justicia social, si el mercado no los cataloga de “competitivos”.

Según André Gorz, la globalización tiene “espaldas anchas”. Se le atribuyen muchas cosas que en realidad caen bajo el ámbito de responsabilidades de Gobiernos nacionales. Por ejemplo la cesantía (en Europa) o los bajos ingresos (en EEUU) no se deben en gran medida a la globalización (la competencia de los países de bajos salarios). No obstante, la globalización trae consecuencias sociales: al bajar drásticamente los costos y riesgos de la transferencia de recursos más allá de las fronteras nacionales, se produce un aumento de la brecha entre aquellos que disponen de recursos móviles (capital o fuerza laboral de alta calificación) y aquellos que no cuentan con estos recursos (los poseedores de una “fuerza laboral simple”). Así, pierde fuerza la necesidad de equilibrar los intereses y de lograr consensos, tanto a nivel empresarial como político.

El capital y el trabajo ya no están casados, como lo estuvieron en la “era de la modernidad pesada” (según Zygmunt Bauman, un matrimonio por conveniencia con mucha disputa, pero un compromiso mutuo de por vida). Ahora el capital se ha convertido en polígamo, es decir completamente descomprometido y puede solicitar el divorcio absolutamente libre de riesgos y costos. Igualmente, los poseedores de recursos móviles, al transferir sus recursos al extranjero, pueden desmoronar las bases del proceso político, es decir, del debate continuo sobre aquello que se entiende, de acuerdo común, como lo justo. El acuerdo común deja de ser el de todos, ya que hay una élite que tiende a auto-excluirse, es decir, que puede amenazar con sustraer recursos y que sólo establece una relación de extorsionador-extorsionado con la mayoría de aquellos que continúan dependiendo del Estado.

### *Sociedad de información*

El término de la “sociedad de información o del conocimiento” es tan poco claro como el de la globalización. Alude, por un lado, a la omnipresencia de los medios informativos y la inmanejable cantidad de información a que todos estamos expuestos (o que está a nuestra disposición). Por otro lado, dice relación con la importancia, cada vez mayor, de la información como insumo

económico (en comparación con la fuerza laboral, el capital y las materias primas), como producto y como el principio que estructura el proceso económico. Esta tendencia se puede ver: a) en la creciente importancia de aquellas empresas que no poseen bienes físicos, sino que producen o transportan información (software, telecomunicaciones, tecnología genética, entretenimiento), b) en la creciente importancia de la tecnología informática (tanto hardware como software) y la cada vez mayor participación de componentes direccionadores en productos industriales, así como c) en la creciente participación de la producción o procesamiento de información en el producto social.

Lo anterior equivale a un nuevo ritmo en el proceso de la *innovación*. En los años 90, la capacidad innovadora (supuesta por el mercado) de las empresas, es decir, su cercanía con la industria de la información, se convirtió en el principal criterio para evaluarlas. Microsoft tiene un valor de mercado mayor que General Motors, el buscador Yahoo! tiene un valor de transacción más alto que DaimlerChrysler, a pesar de que el primero tiene sólo una fracción del volumen de ventas y ganancias que el consorcio automotriz. Los *intangibles*, es decir los activos intelectuales de las empresas, han relativizado la importancia del tamaño de la empresa, de las ventas, del capital fijo y del empleo. Casi se podría decir que han invertido el nivel de importancia de estos factores.

Los protagonistas norteamericanos de la Tercera Vía ven surgir una *nueva economía* con la sociedad de información, una era de tasas de crecimiento duraderas, altas y libres de inflación, que se basan predominantemente en innovaciones tecnológicas. No es ésta la instancia para juzgar la ingenuidad de estos términos y conceptos. Lo relevante no es su grado de realismo, sino su capacidad de estructurar *expectativas* – incluyendo las de los inversionistas (que naturalmente pueden ser decepcionados).

Al pasar de la sociedad industrial hacia la sociedad de información, cambia la valoración de la fuerza laboral en varios sentidos. En primer lugar, la disponibilidad de información y el rápido ritmo de la innovación, obligan a un continuo proceso de adaptación, que implica tanto “aprender durante toda la vida” como flexibilizar las relaciones de empleo en todas sus dimensiones. Tanto el “empleo normal”, que incluye la obligación del seguro social, como la dedicación de por vida a un sólo empleador se convierten en la excepción. En segundo lugar, aquellas actividades que aportan a la innovación y que, generalmente, están relacionadas con el procesamiento de información, están mejor catalogadas y remuneradas que los trabajos rutinarios.

Robert Reich acuñó el término “analista simbólico”, es decir, la persona dedicada a la gestión, la investigación, el desarrollo, la consultoría, el financiamiento, la información o el marketing, en comparación con la persona dedicada a la producción y la prestación de servicios tradicionales. Entre ambos se abre una brecha de ingresos cada vez mayor. Así, Reich abre el tema de una nueva forma de la desigualdad, que ya no sólo está relacionada con la posesión

o no posesión de los medios de producción, y que tampoco se puede atribuir sencillamente a diferentes “prestaciones”. En la sociedad de la información, la remuneración de la prestación no se mide sólo según calificación y dedicación al trabajo, sino que incluye también un componente de casualidad. En tercer lugar, finalmente existe una congruencia entre la transmisión electrónica de información (casi a la velocidad de la luz) y el fenómeno de la globalización (la transferencia de recursos más allá de las fronteras de los países).

Gracias a las tecnologías de información, para los poseedores de recursos móviles el factor de la distancia geográfica pierde relevancia. La brecha entre los poseedores de recursos móviles y los poseedores de fuerza laboral “inmóvil” se profundiza.

### *Shareholder Value*

Las predicciones de los años 60, que decían que la producción sería dominada cada vez más por las grandes empresas y que la figura del administrador tecnócrata sustituiría la del empresario, no se cumplieron. Al contrario: el peso de la dinámica económica de los años 80 y 90 fue llevado por empresas relativamente pequeñas. No se produjo la burocratización de la economía a través de *corporate giants*. En lugar de esto, las grandes empresas intentaron imitar la dinámica de las pequeñas empresas, al dividirse en *profit center* independientes y que competían entre sí mismos. La predicción de la “revolución de los gerentes” no se cumplió, imponiéndose la predominancia de los empresarios, el *managerial capitalism* cedió paso a un nuevo énfasis de lo “empresarial” – en el sentido de la prioridad absoluta de la producción de ganancias.

La preocupación de Josef Schumpeter, que la burocratización de las grandes empresas ahogaría en el largo plazo la dinámica creativa-destructiva del empresariado privado, no se concretó. Tampoco se concretó la esperanza de algunos socialdemócratas, que la revolución de los gerentes provocara una nueva y más racional forma de organización del capitalismo y restringiera la anarquía del mercado.

El concepto del *stakeholder value*, según el cual una empresa estaría tan comprometida con sus empleados, su región y su país como con sus dueños, resultó ser completamente anticuado. El renacimiento de “lo empresarial” queda de manifiesto en el nuevo énfasis del *shareholder value*: la única obligación de las empresas es producir ganancias.

Los nuevos mecanismos de *corporate governance* fueron desarrollados primero en los Estados Unidos (la decreciente importancia del crédito bancario y la creciente dependencia de las empresas del mercado de capitales, adquisiciones amigables u hostiles, la orientación de las gerencias empresariales hacia las ganancias en el corto plazo, nuevas formas de la remuneración de las gerencias superiores, reducción de las actividades empresariales a competencias medulares, el empeoramiento de condiciones laborales tradicionales,

outsourcing internacional, etc.). Estos mecanismos tienden a convertirse en el estándar global, en desmedro de formas “más tradicionales” de gerenciamiento, que son practicadas bajo el nombre de “Deutschland AG” o “Japan Inc.”. La esperanza socialdemócrata o sindical de lograr un equilibrio de intereses entre capital y trabajo parece pertenecer al pasado.

#### *Los nuevos estratos bajos*

Las nuevas condiciones económicas producen un nuevo estrato de desempleados, *working poor*, “independientes aparentes”, “precariamente empleados”, etc. Se imponen nuevos mecanismos de exclusión que provocan que el progreso del “todo” ya no sea igual al progreso de todos o de la gran mayoría. La esperanza de la socialdemocracia en los años 50 y 60, que la modernización y la justicia social fueran dos caras de la misma medalla, se convirtió en una quimera bajo estas nuevas circunstancias.

La aparición de un nuevo estrato bajo, excluido de la dinámica económica es, según muchos observadores, producto de innovaciones tecnológicas y organizativas en las empresas (y en forma creciente también en el sector público). Estas están orientadas a eliminar o por lo menos abaratar (a través de nuevas formas de organización) el “slack”, es decir, recursos no aprovechados o parcialmente aprovechados. Otros sostienen que la globalización pondría bajo presión los ingresos de los menos calificados y haría más inestables las condiciones laborales.

De todas formas, la desigualdad social ha adquirido una nueva característica: la *perspectiva* de un movimiento social compensatorio de largo plazo ya no encuentra apoyo en la dinámica económica. La distribución primaria modificada ya no ofrece un margen de acción para la justicia social, en el sentido del progreso material (es decir cada vez más y mejores bienes de consumo) *para todos* – mientras simultáneamente disminuyen al mínimo las posibilidades del Estado de redistribuir, tanto por la necesidad de aumentar la capacidad de competencia como debido a la presión del capital internacional.

#### *El nuevo consenso económico*

En los países industrializados, se ha impuesto un consenso político-económico: los objetivos de evitar la inflación a como dé lugar, bajar los impuestos y consolidar el presupuesto nacional, reemplazaron al crecimiento como el máximo imperativo político-económico (la política económica está cada vez menos orientada hacia los *ingresos* y cada vez más hacia los *patrimonios*). Este consenso obliga a cualquier gobierno – también a los gobiernos socialdemócratas – a aplicar una política monetaria y fiscal orientada a la estabilidad. Con esto, las limitaciones derivadas del sistema financiero y económico global se ven complementadas por restricciones determinadas por la política interior y las coyunturas electorales que apuntan en una misma dirección. Bajo este punto de vista, las posibilidades de organización del Estado se reducen a un margen de maniobra que sea compatible con la garantía de una

estabilidad financiera y una carga impositiva decreciente, pero de ninguna manera creciente.

### *Individualización*

En las sociedades modernas industriales o de información se puede observar un proceso casi omnipresente de *disolución* o *desintegración*: de tradiciones, formas de vida, conservación de valores, medios sociales y comunidades. Teóricos de la modernidad, tales como Ulrich Beck y Anthony Giddens han descrito este proceso como “modernización reflexiva” o “destradicionalización”. La disolución de las tradiciones aumenta el margen de las posibilidades individuales. Lo que antes estaba dado por las tradiciones hoy es una opción. Las biografías están cada vez menos normadas por las tradiciones, son menos predecibles; si alguien se convertirá en gerente de alto nivel o recolector de basura depende de igual manera de él como la elección de su forma de vida (hasta la familia es solamente una entre varias opciones). Sin embargo, la individualización de las condiciones de vida no ha dado respuesta a la “antigua cuestión social” (como sostienen algunas veces los teóricos de la nueva modernidad), sino que sólo la ha encubierto. Los cada vez mayores grados de libertad contrastan con la flexibilidad individual impuesta por el mercado laboral, es decir, con la selección de opciones que estén en concordancia con la propia empleabilidad.

El proceso de individualización es doblemente relevante para la política socialdemócrata. Por un lado, las posturas políticas ya no están marcadas por las tradiciones o normas colectivas. Ha habido muchas quejas en relación a las consecuencias de la disolución de la clase trabajadora tradicional para las posibilidades electorales de la socialdemocracia. La situación social y la orientación política parecen no estar, en general, en una relación de correspondencia predecible. El hecho de que una persona maneja un auto o cría perros de pelea, puede ser más gravitante a la hora de decidir su votación que su situación social.

Sin embargo, cuando la situación social de las personas ya no los acerca a una opción política, deja de tener sentido para un partido que quiere ganar una elección, dirigirse prioritariamente a los trabajadores dependientes. Al contrario, el dirigirse a los potenciales votantes en su condición de perdedores sociales, podría más bien producir reacciones contrarias. En segundo lugar, el Estado social, con cuya preservación y desarrollo estuvo comprometida la socialdemocracia tradicionalmente, no es capaz de hacerse cargo de las condiciones de vida cada vez más pluralistas. Tal como el programa socialdemócrata tradicional, el Estado social también está dirigido a grandes colectivos con biografías más o menos normadas, es decir grandes colectivos que tienden a disolverse.

### **3. La tercera vía: ¿política socialdemócrata en la era de la inequidad?**

En primer lugar, el concepto de la Tercera Vía es una crítica a la socialdemocracia “tradicional” de la era dorada. Aunque sus valores (“justicia, equidad social, libertad e igualdad de oportunidades, solidaridad y responsabilidad por los demás”) continúan siendo vigentes, los protagonistas de la Tercera Vía evitan la tarea de evaluar la realidad social, es decir, evitan plantear en qué medida los valores mencionados están presentes en esta sociedad y si esta sociedad requiere o no requiere de una reforma para poder hacerlos realidad. Desde la revolución francesa, el espectro político europeo se polariza frente a la interrogante si se puede mejorar el orden social (opción de izquierda, entre otros también la socialdemócrata) o si, tomando en consideración la naturaleza humana o las presiones económicas, éste estaría básicamente en su punto ideal (opción conservadora).

La retórica de la Tercera Vía no tiene una postura frente a esta discusión (entre otras cosas al aseverar que las categorías derecha e izquierda pertenecen al pasado). Así, se caracteriza por una extraña falta de distanciamiento de la realidad capitalista, lo que verdaderamente la separa de la tradición socialdemócrata. Especialmente las tendencias mencionadas anteriormente de la globalización, etc. están catalogadas como “hechos duros”, pero en realidad no se trata de ellos. Se trata de suposiciones vagas y prejuicios populares en torno a un proceso de transformación en realidad básicamente incomprendido. Especialmente el principio de justicia e igualdad de la socialdemocracia tradicional está expuesto a la crítica. Se critica la meta de “igualdad absoluta” – una caricatura de la política socialdemócrata: los socialdemócratas europeos nunca aspiraron a la “igualdad absoluta”. Su meta era bastante menos ambiciosa. La justicia social no era más – ni menos – que la participación de *todos* de la prosperidad económica. La desigualdad de los ingresos y los bienes se desproblematizó diciendo que *todos* deberían poder acceder a cada vez más y mejores bienes de consumo. De tanto cuestionar la caricatura de la imagen socialdemócrata de igualdad y justicia, los protagonistas de la Tercera Vía dejan indirectamente en claro, que a estas alturas tampoco creen que la versión real, es decir, la participación de *todos* de la prosperidad, sea realizable. La prosperidad económica y la justicia social ya no son dos caras de la misma medalla. Tenemos que asumir como un elemento de la economía y sociedad “moderna”, el aumento de la desigualdad y de la injusticia (que se manifiesta, por ejemplo, en que los poseedores de los recursos móviles se pueden desligar de sus compromisos sociales).

Los defensores de la Tercera Vía ofrecen el concepto más liberal de la *igualdad de oportunidades* para sustituir el de la “igualdad absoluta”. Claro que el logro de este principio sería mucho más ambicioso que el logro del concepto de justicia de la socialdemocracia tradicional. Se requeriría de una conducción con dureza jacobina para siquiera comenzar a lograr una igualdad de oportunidades. Los privilegiados deberían perder sus privilegios (entre otras cosas, debería eliminarse el derecho a herencia). En su época, Thomas Jefferson aún podía exigir que las tierras cultivables fueran reasignadas cada 30 años, para así darle a cada generación las mismas oportunidades. Desde esa época, el liberalismo (y

con mayor razón el neoliberalismo) se ha conformado con la idea de que la igualdad de oportunidades es un bonito principio, pero que no tiene nada que ver con la realidad. No existe ningún indicio de que los defensores de la Tercera Vía pretendan ir más allá que los liberales.

La Tercera Vía apunta a dos metas: *Primero, el aumento de la eficiencia económica.* Esto no es nuevo para la socialdemocracia europea. Lo nuevo es, en primer lugar, el acento dramático con que se alude a esta tarea – acento dramático que se desprende de la realidad o percepción de la globalización. El aumento de la eficiencia es visto, sobre todo, como una tarea del sector privado, que, dada la presión del mercado no tiene otra opción que aumentar su eficiencia. En segundo lugar, también es nueva la confianza que los representantes de la Tercera Vía ponen en el sector privado y en el mercado como máquinas generadoras de eficiencia. Aquí se presenta una clara diferencia con la política de los gobiernos socialdemócratas de los años 60 y 70 (esto es especialmente válido para los gobiernos Labour de Wilson y Callaghan). Estos gobiernos todavía partieron de la base de que el Estado debía *forzar* a las empresas a aumentar su productividad y su eficiencia, estructurando las condiciones marco.

En el “modelo Alemania” del partido socialdemócrata (SPD), se puede encontrar esta obligación entre otros en salarios altos y negociados para toda la industria. Así fue imposible para los empresarios descuidar la productividad. Al contrario, de acuerdo a la Tercera Vía, el Estado debe velar en primer lugar por que los gestores y los shareholder no se vean afectados por costos y déficit demasiado altos en infraestructura o en el sistema educativo.

*La segunda meta es el aumento del empleo.* Sin embargo, en este caso los protagonistas de la Tercera Vía se deshicieron de los instrumentos tradicionales más importantes de las políticas de empleo: (1) es visto como problemático un manejo de la demanda que produzca altas tasas de crecimiento y un aumento del empleo. (2) Desaparece el Estado como *employer of last resort*, ya que los gastos en que se incurriría, deberían ser financiados por un aumento en los impuestos o un endeudamiento del Estado. Como no se puede obligar a las empresas a aumentar su número de empleos (lo que bajaría su eficiencia), la única salida que queda es la rebaja en los salarios y en los gastos asociados (impuestos, seguridad social, salud). Ya no es válida la fórmula mágica de la época dorada de la socialdemocracia (especialmente válida en Alemania), de considerar los salarios altos y la alta productividad (y junto a ello altas ganancias) como interdependientes.

Las empresas ya no requieren del “látigo de productividad” de los salarios altos, porque la competencia global elimina las zonas de protección nacionales y obliga a todas las empresas a aumentar la productividad. Además, los trabajadores ya no requieren del incentivo de los salarios altos, ya que la presión de la cesantía provee una motivación para aumentar la productividad y convierte en superflua la necesidad de incentivos monetarios especiales. Al

mismo tiempo, la Tercera Vía ofrece medidas de capacitación y reformas al seguro de desempleo de tal índole, que se fortalecen los incentivos para aceptar las condiciones de trabajo aún sin componentes monetarios, y al mismo tiempo hace que los trabajadores estén capacitados y deseosos de emplearse.

La Tercera Vía – como sugiere su crítica al tradicionalismo socialdemócrata – acepta la segmentación de la sociedad en (a) los dueños del capital y los poseedores de calificaciones altamente valoradas por el mercado, y (b) aquellos que poseen una fuerza laboral “simple”, fácil de reemplazar y obsoleta desde el punto de vista de la calificación. Lo fundamental es que las remuneraciones en ambos segmentos ya no están dinámicamente relacionadas. Mientras los ingresos de los dueños de capital y de los que poseen calificaciones altamente valoradas no están en tela de juicio, se espera que los poseedores de una fuerza laboral “simple” acepten que su bienestar (incluyendo seguridad social) disminuya, o a lo menos no aumente al mismo ritmo.

La Tercera Vía ofrece a los profesionales móviles un programa de gratificaciones, amplía los márgenes de toma de decisiones y los libera de las limitaciones de las instituciones y tradiciones de la sociedad industrializada. Para los menos móviles ofrece un programa de capacitación, es decir, se esfuerza por adaptar a una población insuficientemente móvil y flexible a las nuevas condiciones. Los temas centrales de la Tercera Vía son: la gran importancia de la capacitación como forma de mejorar la empleabilidad, el énfasis en la responsabilidad y las obligaciones (de los usuarios de los beneficios sociales, no de los ricos y poderosos) y la extendida “cultura de la independencia”. Estos son a la vez elementos de una pedagogía popular modernizadora.

Como freno a la modernización no se identifica a las empresas privadas, sino a una población protegida por instituciones obsoletas, cerrada a las nuevas posibilidades y desafíos, que está amarrada por las tradiciones y que, por lo tanto, no está disponible para entrar en acción de manera eficiente. Como la flexibilización de la población ya no se puede lograr a través del incentivo de ingresos más altos y crecientes, este incentivo es reemplazado por una retórica del deber, de los hechos duros y también de la amenaza no declarada.

#### **4. ¿La autoeliminación de la política?**

El discurso de la Tercera Vía tiene un mérito: aunque sólo sea transitoriamente, ha llamado la atención sobre el necesario debate en torno a la modernización de la política socialdemócrata, que no se habría dado bajo otras circunstancias. Ha ayudado a que esta discusión haya salido a la luz pública, y no se haya quedado en los estrechos y en parte autoreferentes círculos programáticos. Incluso, las aberraciones intelectuales y sociales contenidas en el discurso cumplen una función esclarecedora, ya que ponen sobre la mesa de manera casi ingenua el tema de fondo. La Tercera Vía lo dice lo más abiertamente posible: así como están las cosas, muy pronto habrá que olvidarse de la meta de la justicia social,

al menos tal como se ha formulado tradicionalmente, y por lo tanto, habrá que olvidarse también de la socialdemocracia “*tal como la conocemos*”. La tesis contraria diría: existe un reconocimiento de que el modelo de justicia de la era dorada no se puede mantener bajo las condiciones de la globalización. Este reconocimiento no deja obsoleta la pregunta de cómo mejorar, tanto de manera absoluta como relativa, las condiciones de los discriminados, sino que hace aún más urgente enfrentarla.

Si la política se limitara a producir un aumento de la eficiencia en la economía, podría ser ejercida por grupos de gestión compitiendo entre sí. Y éstos no tendrían para qué ponerse bajo el alero de nombres de partidos con una carga histórica, sino que podrían llamarse como cualquier equipo de fútbol.

La Tercera Vía conduce a la confusión si define las condiciones objetivas de la “sociedad de servicios orientada al conocimiento” de tal manera que las opciones políticas quedan excluidas. En este caso, la política quedaría reducida a la competencia por quién sería, en cada situación, el ayudante más dispuesto a apoyar el cumplimiento de las condiciones inamovibles. Entonces, la política se habría eliminado a sí misma. Sin embargo, mientras existan opciones, el término “Tercera Vía” llevará a la confusión: o no existe la posibilidad de mejorar el mundo a través de medios políticos (que sería la opción conservadora) o los gobiernos pueden y deben ocuparse de los problemas de los discriminados (que sería la opción socialdemócrata). La Tercera Vía sería una u otra de estas dos opciones.

- 
- (1) En la ciudad de Godesberg, en las cercanías de Bonn, el Congreso del SPD de 1959 aprobó un nuevo programa. A través del mismo se despidió de sus objetivos socialistas tradicionales y aceptó al mercado como mecanismo económico fundamental.
  - (2) Olaf Henkel es presidente de una de las asociaciones empresariales más grande de Alemania.
  - (3) Los Länder son los Estados Federados de la República Federal de Alemania, que corresponden a las provincias en Argentina y los Estados en Brasil.
  - (4) Wolfgang Thierse es actualmente el presidente del Bundestag (parlamento alemán) y vicepresidente del SPD.
  - (5) Ralf Dahrendorf fue presidente de la London School of Economics y uno de los pensadores liberales más destacados de Alemania.